

Nombre: Sergio Franco Sánchez.

DNI: XXXXXXXXXX

Correo: xxxxxxxxxxxxxxxx

Teléfono: xxxxxxxxxxxxxx

Curso: 4º GADE.

La gran mentira.

Una gigantesca columna de humo ocultaba las pocas estrellas que se aun se atrevían a salir. La gente no miraba arriba nunca. Ya no. ¿Por qué iban a hacerlo, de cualquier forma? Tenían cosas más importantes en las que pensar como para perder el tiempo mirando cosas. Por esa razón estaban allí.

Algunos gritaban. Otros se limitaban a mirar. Había quienes agitaban las antorchas a modo de protesta y había madres que habían llevado a sus hijos para que vieran. Para que aprendieran. Que la única lección importante no se aprende en un libro sino con las brasas del fuego bajo tus pies.

Los gritos de la mujer se alzaban por encima de los de la multitud. Ninguna de las miradas se apartaba de ella. Su expresión traslucía dolor, al menos si te fijabas de forma somera. Pero no era dolor. En sus ojos se encontraba expuesto el cuadro más representativo del horror. ¿Cómo podían hacerle esto? Su familia y amigos estaban allí pero ninguno luchaba por salvarla. Miraban fascinados como el resto de la gente.

¿Por qué?

¿Por qué ella?

La respuesta ardía junto a sus pies. La castigaban por ser diferente. Por atreverse a pensar. Por saber leer y saber escribir y, más importante, por disfrutar haciéndolo. ¿Qué clase de sociedad era aquella que castigaba el progreso? ¿De verdad eran incapaces de ver que no existía la brujería ni la magia?

¿De verdad estaban tan ciegos?

-¡Arde, bruja! –Gritó alguien entre la multitud. La gente le coreó.

-¡Bruja!

-¡Novia de Satanás!

La mujer quería llorar pero no le salían las lágrimas. Quería seguir gritando pero no le quedaban fuerzas. Solo podía abandonarse a la oscuridad, a pesar de estar en el centro de una columna de fuego.

La gente se fue dispersando poco a poco. Su familia esperó lo suficiente como para no irse ni los primeros ni los últimos, para no levantar más sospechas por brujería. Estaban consternados. Al padre se le escapó una lágrima sin saber bien si era por haber perdido a su niña o porque esta fuera una bruja.

A lo lejos, amparada en la oscuridad de un pórtico, una figura observaba la escena en silencio. Había sido él quien le había enseñado a leer y escribir cuando no era más que una chiquilla. ¿Y en qué había derivado aquello? Si lo hubiera sabido, le habría dejado seguir persiguiendo gallinas en su patio en lugar de condenarla a una muerte horrible. Se arrebujó en su capa y desapareció entre la multitud, con la expresión triste y el corazón ennegrecido por el humo.

La última persona frente al fuego esbozó una sonrisa. Había sido él quien había hecho la acusación de brujería. ¿Y por qué? Porque el pueblo no debía saber. Leer y escribir estaba destinado a aquellos de noble cuna u oficio, exclusivamente. No podían dejar que cualquiera accediera al conocimiento. Al fin y al cabo, si lo hacían, serían más difíciles de manejar, ¿no?